

LA VOZ DE LA CARIDAD

N.º 306.—1.º de Diciembre de 1882.

*Dios es caridad, (San Juan,
Epíst. I, 4, 8.)*

EN NOMBRE DE LOS POBRES.

Una suscritora.—A una anciana de 80 años, y que por cierto hace regulares versos, han socorrido los 20 rs. que V. nos ha remitido. Esta infeliz, que no tiene familia ni recursos, nos encarga de transmitir á V. la expresion de su agradecimiento.

D.^a S. G.—Mil gracias en nombre de la familia socorrida, por su limosna de 10 rs. que al pagar su suscripcion ha enviado V. Es V. modelo de suscritoras caritativas.

D.^a E. R. de G.—Su limosna de 40 rs. ha socorrido á un enfermo que ya conocia su caridad de V., y que nos encarga manifestarle su agradecimiento.

CORRESPONSALES GENEROSOS.

Nuestra empresa, que no deja de tener quebrantos y contrariedades, tiene tambien ocasiones frecuentes de grata compensacion por los socorros que recibimos con destino á las familias pobres, que están bajo nuestra modesta proteccion. Ya hemos hecho notar algunos en nuestros sueltos de gracias, pero nos complace agruparlos hoy como se reunen bellas flores para formar bellissimo ramillete.

Hay hace años un generoso desconocido, que nos escribe todos los meses con las iniciales P. A., enviando 20 reales para los pobres. Es admirable la constancia y puntualidad de este donativo, pues si bien estamos acostumbrados á

ver en España buenos impulsos, no lo estamos tanto á presenciarse la firme perseverancia en ellos.

Un suscriptor de Sevilla, don M. V., se encarga de cobrar algunas suscripciones de aquella ciudad y siempre añade 20 rs., como ahora acaba de hacerlo, en vez del descuento natural por el giro. Verdad es que lo hace en nombre de sus tiernos hijos (¡que Dios bendiga!) y no es extraño, por lo tanto, que no lo olvide.

Una suscritora antigua de Málaga, doña P. S. de O., recibe por equivocacion y por distinto conducto dos recibos de un mismo semestre; y á pesar de estar pagado el primero, al presentársele el segundo, lo paga tambien, y en vez de hacer su justa reclamacion, nos dice que lo apliquemos á nuestros pobres. ¡Delicada manera de corregir nuestra involuntaria equivocacion!

Otro corresponsal de la misma ciudad, don E. S., nos adelanta el importe de varias suscripciones de allí y del extranjero, y como buen banquero pone un quebranto á la *operacion*, solo que es al revés de los usos mercantiles, pues en lugar de descontar, aumenta la cuota que debia dar.

Un corresponsal de Sanlúcar de Barrameda, don S. de L. y E., nos enseña un nuevo sistema de contabilidad. Le enviamos para el cobro nueve recibos que importan 90 rs. y nos envía muy serio 100. Acaso querrá que pase por error, pero la verdad es que quiere rehusar la insignificante recompensa de recibir él grátis nuestra Revista.

Hay en Santa Coloma de Farnés uno de nuestros más antiguos suscritores, á quien conocemos mucho pero solo por cartas, que sin duda cree muy barata la suscripcion y la paga duplicada ó triplicada, como para estimularnos á aumentar su precio, lo cual no pensamos hacer.

Otro constante suscriptor de Barcelona, don M. C. y L., recibe una terrible desgracia de familia, y para consolarse de ella, envía consuelo á otros pagando aquel semestre 200 rs. por su suscripcion que solo vale 10.

En la misma ciudad muere un suscriptor, don N. C., y sus testamentarios, conociendo la ardiente caridad que le distinguia, nos envian un recuerdo suyo de 1.800 rs. ¡Buen mo-

do de hacer ese recuerdo imperecedero para nosotros y agradecido por los pobres!

Allá, en remotas tierras, en Caracas, hay un muy querido y fervoroso suscriptor de nuestra Revista, don C. G. y U. Tiene títulos para recibirla de balde, pero él combate esos títulos, y en vez de los 20 rs. anuales nos envía 100.

Otros varios donativos, grandes y pequeños, todos muy agradecidos y muy útiles para nuestros pobres, nos llegan en períodos fijos ó eventuales. Ellos nos prueban no solo los sentimientos caritativos de nuestros amigos, sino que desean ayudarnos en nuestra empresa con algo más que simples simpatías. Estas, tanto ó más que el dinero, nos son gratas, nos alientan á continuar la tarea que llevamos hace trece años, y por ellas consignamos el más sincero tributo de gratitud.

LA REDACCION.

DOS CARTAS.

Por el correo interior hemos recibido la siguiente:

«Sr. Don ó de *Fausto* (que yo no sé si eso es nombre ó apellido).

Muy señor mio: Aunque no soy suscriptor á LA VOZ DE LA CARIDAD, porque no puedo permitirme esos lujos, lo es un amigo mio, y en su casa suelo leerla. He visto, pues, los artículos de V., en que repite, hasta la pesadez, esas recomendaciones y consejos caritativos. Esto me sugiere la idea de escribir á V.; y lo hago bajo el anónimo, porque así me despacho más á mi gusto, sin tener que guardar los miramientos que exige una firma.

Yo no sé si V. es rico; pero parece V. escribir como si lo fuese. Eso de predicar tanto la caridad es una bella y cristiana teoría; pero mejor seria que el consejo de la práctica lo concretase V. á las personas que pueden hacer limosnas, no á todos los pobres diablos, como yo y como muchos, que, aunque no somos pobres de solemnidad, lo somos de levita y maldito si podemos ser caritativos, cuando necesitaríamos que otros lo fuesen con nosotros.

Figúrese V., Sr. Don ó de *Fausto*, que yo soy empleado,

con seis mil reales de sueldo, (nominales, porque luego viene la calamidad del descuento), con quince años de servicio, con ninguna esperanza más que la de que el mejor día, es decir, el día peor, me dejen cesante, con mujer y cuatro hijos que mantener y sin más protección que la del cielo.

¿Qué caridad he de hacer yo en esta tan *brillante* situación? ¿Dónde está el dinero para hacerla, cuando tengo un casero que es un pirata sin entrañas, un tendero ultramarino que no admite espera, unos chiquillos que no pueden llevar el traje de Adán y Eva, y una mujer que, á pesar de ser económica y discreta, no ha descubierto aún el modo de ir al mercado sin dinero y volver con la cesta llena? Esto además me produce una dosis grande y diaria de mal humor, y V., que parece saber algo de estas cosas, sabrá también que cuando se tiene ese humor del color de la tinta, nada se vé con colores de rosa y de benevolencia.

Hable V., pues, de caridad á los príncipes de la banca, á los favoritos de la fortuna, á las damas elegantes, que van en lujosos trenes á pillar elegantemente una pulmonía al anochecer en el Retiro. Esas personas son las que pueden y deben hacer limosnas, no la gran mayoría del género humano, y sobre todo del género humano madrileño, que vivimos al día y muy mal, y que no podemos dar á los pobres más consuelo sino el de decirles que nosotros también lo somos, si es que no les añadimos alguna palabra de desvío, que Dios me perdone, porque, lo repito, confieso tener un mal carácter, al cual contribuyen la oficina, las deudas, los apuros y los chiquillos.

Si esto no le convence á V., lo sentiré; pero á mí tampoco me han convencido hasta ahora las palabras de V., sobre que pueda y deba dar el que solo está en el caso de recibir y no recibe más que desdenes y desdichas.

Páselo V. bien ó mal, aunque más deseo que sea lo primero, pues no llega á tanto mi mal humor, Sr. Don ó de Fausto; no se incomode V. por mis bruscas claridades, y le saluda, sin besarle la mano porque no creo que V. sea obispo, santo ó mujer, su seguro, aunque inútil servidor,

P. C.»

CONTESTACION.

Sr. D. P. C.

Amigo y señor mio: Al darle á V. este título contestando á su carta, ya comprenderá V. que ni su franqueza me incomoda, ni sus palabras me ofenden, ni su situacion deja de excitar mi interés. Voy, pues, á dar á V. con mucho gusto la contestacion que exigen sus preguntas y sus indicaciones, y lo hago por medio de la Revista, porque no sabia á dónde dirigir la carta.

Paréceme ver en V., no un sér aislado y excepcional, sino uno de tantos, uno de los muchos que tienen esa triste situacion y esas equivocadas ideas; pero creo que V. debe ser un hombre mejor de lo que aparenta y de lo que se figura ser, pues en el mero hecho de justificarse de no hacer caridad, reconoce V. que es buena obra y que debe hacerse. Esto supuesto, entremos en materia.

Si V. ha leído, como me dice, algo de LA VOZ DE LA CARIDAD, me parece que no lo habrá leído todo ó que lo habrá hecho con espíritu preocupado; de lo contrario, hubiera V. visto que al generalizar nuestras modestas observaciones, no excluimos de ellas á los ricos, á quienes V. me dice que debiéramos dirigirlas. Además, lo que nos mueve á ese carácter generalizador es la conviccion, contraria á la de V., de que ni solo los ricos pueden ejercer caridad, ni esta consiste únicamente en dar á los mendigos de la calle monedas de plata ó de cobre.

La limosna es una laudable manifestacion de la caridad, pero no es toda la caridad. Esta virtud consiste en algo más grande, más profundo y más sublime, que está al alcance de todos. De *todos*: ¿lo entiende V., amigo mio, aunque le sorprenda?

Menguada idea formariamos de este sentimiento tan hermoso como cristiano, si lo limitáramos á ese acto de limosna eventual y al detalle dada al pobre, verdadero ó fingido, que nos la pide en la calle. No: la caridad bien entendida, sin rechazar esas generosidades del menudeo porque proceden de

una buena intencion y son útiles á los pobres, abraza mayor esfera de accion y tiene puntos de vista más elevados.

Vivimos en un valle de lágrimas; llorando abrimos los ojos á la luz primera, y con un débil suspiro se extingue nuestro aliento vital. En la peregrinacion por este mundo todos sufrimos más ó menos y por todas partes oimos los ayes del dolor y contemplamos los cuadros de la desgracia. Las alegrías verdaderas son excepciones: las tristezas son la regla general. Muchos hay que las ocultan porque así les conviene, porque tratan de aturdirse ficticiamente ó porque tienen el rubor más estúpido de todos los rubores, que es el de aparecer ante la sociedad como infelices merecedores de compasion.

Tal cúmulo de desventuras exige otro cúmulo de consuelos, y ese es el trabajo lento de la caridad. Basada en el amor al prójimo y en la compasion de sus penas, extiende la mirada fervorosa por todas partes, y allí donde descubre un semblante afligido ó una situacion penosa, acude para remediarla con lo que puede, con la simpatía, con la indulgencia, con la bondad, con el socorro material si es posible, con la compasion que siempre lo es, con el consejo útil, con el apoyo protector, con las reflexiones sensatas, con el consuelo, en fin, diversificado y envuelto en todo... ¡Hé aquí la caridad en todo su desarrollo!

Esto lo pueden hacer los ricos y los pobres: naturalmente más los ricos, porque disponen de mayores medios; pero lo mismo proporcionalmente los pobres, segun la pequeñez de los suyos, y quizás con más fervorosa conviccion, pues consuelan muchas veces penas que conocen ya por dolorosa experiencia.

Tiene esa tendencia á la compasion otra ventaja, que redundando en provecho propio, y es que contribuye lentamente á nuestra perfeccion posible en la esfera religiosa y moral. Las penas ajenas atenúan por comparacion las nuestras: los espectáculos de toda clase de miserias ofrecen el contraste consolador de quien no las tiene ó las tiene menores: haciendo bien, se piensa y se siente bien, porque el pensamiento se eleva á Dios, origen de todos los bienes, y porque interesa á la sensibilidad innata en el corazon humano.

Aplicando estas sencillas máximas á la situacion de usted, Sr. Don P. C., queda desvanecido el fundamento de sus excusas, de sus defensas y de su falta de sanas convicciones en esta materia. Tiene V. escaseces y preocupaciones domésticas; no puede V. por ello hacer caridad material; pues hágala usted moral; sea V. indulgente y compasivo con los que requieren indulgencia y están necesitados de compasion y de amor; muéstrese V. bondadoso y dulce en el trato; la aspereza de carácter ni produce buenas impresiones en los demás ni engendra sensaciones gratas en nosotros mismos. Comprendo y disculpo que esté V. triste algunas veces, porque en atmósfera de tristezas vivimos la mayor parte del tiempo, pero sea tristeza dulce y resignada, no malhumorada y repulsiva.

Además, hasta el socorro material podrá V. hacerlo, si quiere, alguna vez. Ciertamente no le será á V. posible cercenar de su reducido sueldo un duro para darlo á un pobre; pero sin llevar perjuicios ni déficit al presupuesto doméstico, podrá V. alguna vez dar un *perro chico* á cualquier pobre, especialmente á un ciego, porque la ceguera no es fácil de fingir y es una de las mayores desventuras, sobre todo si vá acompañada de la pobreza.

A los ojos de Dios y á los de la propia conciencia, lo mismo es relativamente y en su esencia el millon del rico que el céntimo del pobre, dados en socorro oportuno; la intencion puede ser la misma: en esta y no en la cuantía de los donativos está su verdadero mérito. Jesucristo lo declaró así en una de las admirables parábolas del Evangelio.

Me recomienda V. que me dirija á los ricos; ya lo hago, porque á todos me dirijo. Si los ricos no lo entienden, si pudiendo, mejor que otros, ser caritativos no lo son, peor para ellos, porque ni cumplen este dulce deber moral ni conocen el goce que lleva consigo ese cumplimiento ni utilizan este medio poderoso de atraerse simpatías y bendiciones, de que se disculpe su opulencia y de que ésta excite admiracion inofensiva en vez de envidia iracunda.

Además, es un error el creer que los ricos son siempre egoistas y duros de corazon. Cierto es que no todos hacen lo que debieran, pero muchos son tambien los que hacen cuanto

pueden, aunque no lo pregonen, sino que lo ocultan con una modestia que avalora más sus beneficios. Esos príncipes de la banca, esos favoritos de la fortuna, como V. los llama; esas damas que V. creerá ser todas frívolas, y que solo piensan en el lujo de sus paseos por el Retiro, ó en las ostentosas exhibiciones del Teatro Real, se ocupan muchas veces en alternar estos placeres con el placer de la beneficencia, ya en socorros individuales, ya en protectorado sobre los necesitados, ya en juntas ó reuniones dedicadas al socorro de las miserias. En vez de calumniar injustamente á todos los ricos, especialmente á las mujeres, excitémosles para que la generalidad imite á muchas y honrosísimas excepciones, para que los buenos ejemplos se propaguen y para que esas manos aristocráticas se ocupen de algo más sólido y más grato que el brillo fugáz de la vida disipada de la vanidad.

¿Se convence V., amigo mio? Sentiré me pueda decir que no. En tal caso, todavía pienso que la culpa no será de su mal corazon, sino de mi falta de persuasion eficaz.

Yo no sé quién es V.: quizás sépa V. quién soy yo. Si así fuera y nos encontramos alguna vez por esas calles, quisiera que una corriente generosa nos acercara y nos pusiera en agradable comunicacion. ¡Ojalá sucediese así tambien entre muchos que se desconocen y viven alejados entre sí; sobre todo si son por una parte almas buenas que quieren consolar y almas abatidas que necesitan consuelo!

Yo lo que por ahora necesito de V., y le pido sinceramente, es que dispense estos mal trazados desahogos de franqueza, con que responde á los de V. su amigo desconocido

FAUSTO.

LAS HERMANITAS DE LOS POBRES.

Nada es tan grato ni que produzca mayor placer al corazon humano, como el cumplimentar los preceptos divinos ejercitándose en actos de caridad, ó cooperar á que aquellos con profusion se practiquen.

Por eso es grande nuestra alegría cuando, como al pre-

sente, observamos en los grandes centros de poblacion, donde la beneficencia pública está, por desgracia, circunscrita al pequeño círculo en que la impulsa la gestion oficial, bastante débil é incapaz para con la misma, el creciente desarrollo que van adquiriendo ciertas congregaciones religiosas, que aunando las prácticas piadosas con las benéficas, se dedican única y exclusivamente á procurar el socorro y amparo de las clases desvalidas.

Muchas, en efecto, son las sociedades formadas con tal objeto; pero ninguna, á nuestro entender, llena su elevada mision con más acierto y abnegacion cristiana que la constituida bajo el nombre que sirve de epígrafe á este articulo.

Las Hermanitas de los pobres, esos ángeles de bondad que, despreciando los placeres con que nuestra sociedad les brinda y aunque efimeros y perniciosos no dejan de alucinar por su brillantez, sacrifican gustosas en aras de la ardiente fé en que sus pechos se inflaman, juventud, belleza y libertad, al cumplimiento de los sagrados y espinosos deberes que su voto les impone, corriendo desoladas, al primer llamamiento que se les hace, á ocupar un puesto á la cabecera de algun enfermo desvalido, que falto de familia y de recursos se encuentre en un completo desamparo y al que ELLAS cuidan con maternal esmero hasta su restablecimiento, ó le cierran piadosamente los ojos, si abandona este valle de lágrimas, prodigándole hasta aquel duro trance palabras de piedad y de consuelo.

ELLAS, envueltas en sus toscas y pardas sayas, resguardando sus juveniles cabezas de las inclemencias del tiempo con una pobre manteleta de lana negra, calzando bastas alpargatas que sus pies destrozan, con el rosario enrollado en la diestra mano y ostentando sobre sus pechos una cruz, símbolo sagrado de nuestra redencion y emblema de la caridad más ardiente, recojen de puerta en puerta la limosna con que han de remediar el hambre, el frio y la desnudez de los desgraciados que buscan su refugio en el hospitalario Asilo que sirve de morada á... *Las Hermanitas de los pobres*.

ELLAS se acercan á la opulenta vivienda del rico, cuyas puertas se encuentran á veces cerradas á los ayes del menes-

teroso, y si en alguna recojen el óbolo de caridad que demandan, en otras sufren tambien una áspera y terminante negativa á su peticion; y sin darse un momento de reposo en el cumplimiento de su penosa y santa tarea, recorren la ciudad en todas direcciones, escuchando quizás estúpidas bufonadas de los necios y atrevidas chanzonetas de los transeuntes.

ELLAS, con un cesto al brazo, recorren los mercados públicos, en los que, suplicando de tienda en tienda, obtienen algunas porciones de legumbres y otras vituallas, que apresuradamente pasan á condimentar en su casa-asilo, sirviéndolas con prolijo afan y esmero á los pobres confiados á su custodia; y cuando es llegada la noche y aquellos se encuentran acomodados en sus limpios y cómodos lechos, que las mismas cuidan y arreglan, los cuales obtuvieron tambien por su gestion benéfica, *Las hermanitas de los pobres*, despues de reponer sus gastadas fuerzas, con un frugal alimento, se entregan á sus prácticas piadosas pidiendo al ALTÍSIMO les siga concediendo su gracia y las fortalezca en la consecucion de la gloriosa empresa que han echado sobre sus débiles hombros, y tras de un lijero descanso, continúan al siguiente dia, con esa perseverancia y entusiasmo de que solo son capaces los que sienten en su corazon un gran amor á Dios y al prójimo, y las que sintetizan virtud tan sublime, con el nobilísimo título de... LAS HERMANITAS DE LOS POBRES.

JULIO CARDIN Y ZAPATA.

ASILO DE HUÉRFANOS

DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS.

(Conclusion.)

III.

Por Julio de 1862, es decir, hace ya veinte años cumplidos, se reunieron un dia, en un modesto cuarto de siete reales de la calle de la Parada, tres niños huérfanos, dos Hermanas de la Caridad y una señora jóven de la sociedad más distinguida de Madrid. Aquel dia y en aquel punto se echó la simiente del Asilo del Sagrado Corazon de Jesús.

Habíase verificado poco antes una junta de damas para arbitrar recursos con que construir una nueva iglesia en la corte, y la señora de que hablamos opinó que no eran iglesias nuevas lo que en el momento necesitaba Madrid, sino cuidar de las antiguas, que se deterioraban, y atender al socorro urgente de los niños huérfanos desamparados. Con tal elocuencia debió expresarse la jóven, que algunas señoras de la junta ofrecieron en el acto su cooperacion y dádivas, no faltando entre ellas quien propusiera ya un huérfano de cuatro años, al que la muerte de sus padres dejaba sumido en total abandono. Reuniéronse otros pocos recursos, agregáronse dos huérfanos más, y se fundó la casa.

No vamos aquí á relatar su historia, ni á exponer las complicadas vicisitudes de la institucion. Veinte años de pedir limosna; veinte años de meditar planes, de ejecutarlos y verlos destruirse; veinte años de luchas, favorables unas, adversas otras, hasta llegar al término que en el caseron de Atocha hemos contemplado, no son fáciles de referir, aunque sí son fáciles de comprender. Los huérfanos llovian con más abundancia que los recursos, y las señoras asociadas entonces, la mayor parte de las cuales han desaparecido, daban lo que podian de lo suyo, y se multiplicaban pidiendo á los demás, para atender al desarrollo y progreso de la obra.

El obstáculo mayor con que tropezaban era obtener local á propósito; porque los propietarios rehuian admitir en sus casas una especie de hospicio, cuyo nombre les repugnaba tanto como el deterioro posible de sus fincas. Los pobres huérfanos se veian rechazados hasta de los tabiques.

Por fin la asociacion tuvo una época de desahogo, y precisamente fué en los tiempos de la república. Las señoras pidieron á Castelar refugio, y Castelar les permitió establecerse en San Francisco el Grande. Gloria á él.

Desde entonces comenzaron á meditar en la manera de construir edificio propio y con especiales condiciones. Previendo, como sucedió, que San Francisco volviese á la comunidad de su instituto, buscaron como último local el que hoy habitan, y resolvieron erigir una gran casa, capaz de satisfacer todas las necesidades. Pero ¿cómo? En la forma que

refieren los cuentos de nuestras abuelas: *con palillos y tronchitos*. Una bienhechora se llegó al oído de la presidenta, y exigiéndole absoluto secreto en vida y en muerte, le ofreció los recursos bastantes para comprar sesenta mil piés de terreno en el barrio de Salamanca. Nunca se sabrá su nombre. Gloria á ella.

Con esta base, y el crédito hipotecario que tan hermosa propiedad representaba, un arquitecto piadoso y distinguido se les unió para hacer los planos y dirigir las obras gratuitamente. No es esto solo lo que el arquitecto dió; pero respetemos su modestia. El Rey D. Alfonso y su augusta familia pusieron la primera piedra, hace dos años, despues de contribuir con abundante limosna; bienhechores de todas las esferas de la sociedad, aceptando el ingenioso procedimiento de las damas, comenzaron á costear, éste un peon, el otro un oficial, estotro una cuadrilla de trabajadores, y hoy es el dia en que se hallan sentados cerca de dos millones de ladrillos, multitud de metros cúbicos de piedra, bóvedas y pavimentos de los pisos subterráneos, bajo y principal; se levanta el segundo con el afan de que antes del invierno pueda cubrirse de aguas; se pone la armadura para cerrar una preciosa iglesia; se revisten y habilitan los talleres, y hasta dos extensos jardines que han de servir de escuela y esparcimiento á los asilados, se terraplenan y benefician para recibir de limosna árboles recogidos en la demolicion del palacio de un magnate.

No todo, sin embargo, corre por el Asilo con color de rosa.

Hay que pagar treinta mil reales de renta por la casa provisional; hay que vestir y dar de comer á sesenta criaturas; hay que proveerlas de materiales de trabajo y objetos de enseñanza; sobre todo, que proseguir las obras, y aunque el herrero espera y el contratista de maderas no agobia y la deuda flotante no sacrifica, cada mañana amanece sin recursos para empezar, y cada noche cierra habiéndose agotado los recursos del dia.

Cierto es que á la imprenta mandan gentes caritativas trabajos á imprimir; cierto que muchas señoras se surten en la zapatería de primoroso y casi artístico calzado; cierto que en

el taller de los sastres apenas si se puede con la obra que acude; pero tambien hay que tener en cuenta que los asilados se visten y se calzan; que la maquinaria y utensilios, adquiridos á crédito para los talleres, importan un dineral, y que al presente ningun beneficio neto puede recabarse de las industrias. Gracias que se han instalado.

Es, pues, la bolsa de terciopelo y la mendicacion constante lo que ha de proveer ese tesoro. Hay que estimular á los vivos; hay que perseguir las donaciones de los muertos; hay que sutilizar, importunar, entrapar asuntos y personas, si se ha de dar vado á los compromisos y apuros de todos los dias.

Pero ¿quién mueve esto? ¿No es verdad que el lector está echando de menos una figura?

IV.

Fácil será á los habitantes de Madrid hallarla por las calles á cualquier hora. Es una dama de ilustre origen, que desde su bella juventud hasta su agraciada madurez no se ha preocupado de otra cosa que del bien de sus semejantes. Callaremos su nombre, porque ella lleva veinte años ejerciendo la caridad sin haber puesto aún la primera gacetilla en los periódicos, y sería imprudente dedicarla un reclamo en este sitio, mucho más por nosotros, que tan ajenos y apartados vivimos de ellos. Los que la conocen, no necesitan que se les recuerde cómo se llama, y los que no la conocen, nada añadirían á su mérito con satisfacer esta curiosidad. Si alguno quiere entregarle sus limosnas, que acuda al Asilo.

Vedla por esas calles de Dios, con su traje de merino oscuro, un velillo de manto sobre la cabeza, sonrosada de color y blanca de cabellos, animosa y erguida, llevando en sus manos una cartera con papeles, monedas ó ejemplares de los estatutos de su obra, entrando y saliendo en casas y oficinas, lo mismo en el palacio de los Reyes que en la humilde vivienda de los artesanos.

En su aspecto se nota que no anda por andar, sino que urgentes quehaceres ó graves preocupaciones la embargan.

Infinitas personas repiten su nombre al paso, ó la detienen

por informarse del único asunto á que ella presta atencion ó dedica tiempo.

Va á pedir una limosna, ó á recoger otra, ó á buscar trabajo para sus chicos, ó á resolver una cuestion sobre su industria, ó á exigir moratoria para un pago.

Su posicion independiente y desahogada le permite dedicarse desde la mañana hasta la noche á sus huérfanos, y acrecer con su propio peculio el fondo siempre flaco de la tesorería. Cierta vez necesitó con urgencia una suma relativamente elevada, y acudió á un registro poderoso, que ya habia tocado en otras ocasiones.

Por desgracia, tuvieron que decirle que no; y á la mañana siguiente, cuando más oprimida estaba por la necesidad, se le presentó el caballero de la víspera, no á rectificar su negativa anterior, sino á entregarle 48.000 rs. en nombre de otra persona, que al oir referir el apuro, se prestó á subsanarlo.

No quiso decir quién era.

Otro dia entró á visitarla de mañana, un como dependiente ó apoderado de alguien. Su principal, en efecto, habia sabido que en aquellos momentos se habrian de suspender las obras por falta de recursos para los operarios, y traia 10.000 rs. con que cubrir por el pronto estas atenciones. La presidenta del Asilo se volvió loca de alegría (son sus palabras), y achacó á un milagro del cielo la aparicion de aquel ángel en figura de hombre; pero apenas quedó sola y comenzaba á distribuir sus fondos, cuando el hombre volvió á presentarse diciendo que se habia equivocado.

La señora estuvo entonces á punto de enloquecer de veras, imaginándose que era á otra sociedad filantrópica á quien se dirigia la suma, hasta que el desconocido le explicó que no se le enviaban 10.000 rs., sino 10.000 pesetas.

Tampoco supo de quién.

Por fin, el viernes último nos la encontramos en la calle y parecia contristada. Los apuros del sábado eran de 5.000 reales, y no teniendo más que tres, ni á quien dirigirse por los otros dos, pues hay ocasiones en que todo se agota, iba al Asilo para recogerle al Hermano director (inapreciable y dis-

tinguidísimo sacerdote) el dinero de las compras diarias.

«Y ¿qué van á comer sus asilados?» le dijimos;—«Dios proveerá» fué toda su respuesta.

Ayúdanla en esta titánica obra hasta cuarenta damas caritativas, de las cuales diez ó doce son las que suelen estar en accion, aunque todas comparten con deleite las tareas y trabajos de la Sociedad. No hay miedo, sin embargo, de que ninguna se considere agraviada porque refiramos á su presidenta la vida del Asilo; pues á más de que así lo reconocen ellas propias, nunca las hijas buenas se agravian de los requiebros que se dirigen á su madre. Requiébranla ellas con entusiasmo, y á alguna le debemos muchos de los pormenores que aquí aparecen.

Pero no hay que dejarlas solas. En la calle de Claudio Coello existe un enorme perímetro de terreno, en el cual van empleados más de 70.000 duros. ¡Prodigiosa cantidad para haberla reunido de limosna! El invierno está encima; las aguas pueden destruir lo hecho si las obras tuvieran que pararse; los huérfanos pululan al compás de las desdichas de la estacion: un empuje de todos, y antes de seis meses puede ser triplicado el número de los acogidos. A darlo, pues.

Vosotros los que teneis lumbre, vestido y casa; vosotros los que educáis á vuestros hijos con esmero y holgura; vosotros los que os doleis de que á la sociedad de nuestros dias le aqueja el olvido de ciertos deberes y el abandono de ciertas almas, acudid al núm. 68 de la calle de Atocha, el uno á costear un peon, el otro un oficial, el otro una cuadrilla, segun vuestras fuerzas: ofreced, el que no pueda otra cosa, un ladrillo, una viga, un sillar, una barra de hierro, unos cuantos reales, con cuya ayuda podrán en breve tiempo ser enjugadas muchas lágrimas, abrigarse muchos estómagos y recibir luz muchas inteligencias.

Vosotros los que, cercanos á la vejez ó aflijidos por una enfermedad angustiosa, comenzais á hacer el balance de vuestra vida y á experimentar remordimientos de ciertas omisiones, recordad que entre el sufragio para vuestras almas y el mausoleo para vuestros cuerpos hay tambien mucho de glorioso al espíritu y de tranquilizador á la materia en dar

forma y nombre á una sala de refugio, á una clase de instruccion ó á un taller de trabajo.

Y vosotros, por fin, los que nada podeis, pero en quienes se estimula el deseo de hacer algo á la vista de necesidades y obras como la presente, ayudadnos en la propaganda de esta colecta, y repetid, señalando el croquis del Asilo:

«¡Una limosna por el amor de Dios!»

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

EL VICIO Y LA VIRTUD.

(DOLORA.)

El Vicio.

Desenfrenado, desnudo vivo,
finjo la dicha, mato la fé.....
el mundo entero me rinde culto;
¡soy el placer!.....

La Virtud.

Yo soy modesta, soy recatada,
yo doy la dicha, yo doy la paz.....
yo doy al hombre poder y ciencia;
¡soy inmortal!.....

El Vicio.

Yo seco el alma, destruyo el cuerpo,
voy gangrenando la humanidad;
yo soy hediondo, soy repugnante,
soy un engendro de Satanás.

La Virtud.

Yo doy al alma dulce consuelo,
por mi camino se llega á Dios.....
soy, como todas las de su Mano,
obra perfecta del Criador.

RICARDO SEPÚLVEDA.

ERRATAS.—En el artículo *Consolarse consolando* del número anterior, página 260, línea 21, donde dice *compasion*, léase *ocupacion*; y en la línea 33, donde dice *rigoroso*, léase *vigoroso*.